PLANETA ZOMBIE

Aldo Berríos
Maivo Suárez
J.L. Flores
Carolina Brown
Patricio Alfonso
J.Y. Zafira F.
Hugo Riquelme
Daniela Cortés del Castillo
Sergio Fritz Roa
Rodrigo Muñoz Cazaux
Roberto Meezs
Sofía Ramos Wong
Roberto Fuentes
Jorge Pesce

Áurea Ediciones

© Planeta Zombie
Sello: Nepenthhe
Primera edición:
© Varios autores
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan 'Nitrox' Márquez
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Marcela Bruna
Armado de portada: Marcela bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual:



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

Sangre nueva	7
El hambre de los otros	19
Gente Sana	29
Resucitó en la ruta 5	47
Nueva será la carne	61
Irse al mar	69
Hasta que la muerte nos reúna	77
El cuerpo	85
El reino de la noche	99
Monstruo suelto	107
Un año después	115
Ellos gobernarán el mundo	123
El monstruo de la Quebrada de Córdova	137
Paraíso vudú	153

SANGRE NUEVA
ALDO BERRÍOS

Siempre creyó que la vida tenía un sentido piadoso y profundo, pero la transformaron en otra cosa. Ha envejecido con esa espina a cuestas, a sabiendas que el otro camino era peor. Mi madre es una mujer pudiente, noble, incluso tiene esclavos y varias casonas. Su pelo parece hecho de fuego.

Yo sé que me ama, aunque su boca solo se abre con la llave precisa: el miedo. Sus pensamientos se han vuelto una incógnita desde que llegamos acá, escapando de lenguas de víboras y de la envidia. Viajamos de noche, entre la penumbra que acechaba. Catalina, mi madre, es una mujer muy especial. Una vez vio el rostro de Cristo en un árbol y mandó a tallar su figura para que nos acompañara en nuestra procesión.

Hace dos veranos atrás, cuando ya era de noche, se remeció todo Chile. Fue un terremoto violento, un castigo divino que duró cuatro oraciones y que hizo caer Santiago. El silencio, todavía lo recuerdo, era profundo y amenazante, como una boca que se abre justo antes de tragar. Se dice que murió mucha gente, pero yo no vi nada de eso. Ni siquiera me permitieron saludar al ejército o las bolas de fuego que bajaron desde los cielos. Incluso, al Cristo de Mayo se le cayó la corona de espinas, que quedó justo en su cuello, descansando sobre sus hombros. Al menos siguió en pie.

Las calles se volvieron peligrosas, la gente se volvió

violenta. Varios aseguraban que los muertos elevaban los brazos entre las ruinas y que venían a vengarse de los demás. A cobrar favores y deudas que habían adquirido en vida, como si no supieran olvidar. Mientras tanto, los ladrones y rebeldes eran ejecutados en las calles para mantener el orden.

Un olor putrefacto comenzó a invadir las calles, nadie estaba a salvo del apetito. Y eso que, como dice mi madre, "el chileno es firme, tiene una historia de sangre y hasta se acostumbra al maltrato en su justa medida".

Según mi bella cuidadora, la muerte tiene un sabor agridulce que pocos se atreven a explorar, pero cuando lo hacen, no hay vuelta atrás.

—¿Duele? —me pregunta ella, aunque yo no me atrevo a darle una respuesta sincera.

Entonces procede a abrir con sus propias manos mi tórax.

La siento adentro, moviéndose como si buscara una perla. Un tesoro. La vida en el campo le ha deparado una fuerza increíble, mientras que su mente encuentra belleza en los senderos más lúgubres del pensamiento. La quiero.

—Tu padre estaría orgulloso —me dice sin dejar de remover huesos y limpiar mi sangre coagulada—. Eres muy valiente, Gonzalo.

La observo, orgulloso y agradecido del esfuerzo que ha depositado en mí. El amor se posó sobre su hombro hace décadas, dejándola con un corazón destrozado, a merced de lo sobrenatural. Desde su cuello cuelga la prueba empírica de este hecho, un escapulario blanco que le regaló mi padre poco antes de partir. A pesar de ser una mujer escéptica, Catalina se siente protegida por ese objeto. Creo que le recuerda otros tiempos, cuando todavía formaba parte del círculo humano y sus costumbres. Cuando teníamos más

esclavos y éramos una familia. Más o menos.

—Mi padre nos amaba demasiado… —respondo tímidamente, revolcándome de dolor cuando me pasa a llevar un órgano conectado con las encías—. Eso le costó la vida…

Me deja descansar unos minutos. Lo veo en sus ojos verdes, sus recuerdos se vuelven confusos y agitados. Su respiración se acelera. Entiendo que debió pagar el único diezmo que se les exige a los poderosos para cimentar su éxito, perder cada ápice de felicidad.

Y yo sé que mi madre es una mujer exitosa. Aristócrata y terrateniente.

Una mujer sola contra el mundo.

—Tienes razón —susurra mientras se limpia el sudor de la frente—. Pero no hay sacrificio que sea en vano, Cristo nos enseñó eso.

Mi cuerpo yace sobre su mesa de trabajo, mis ojos la traspasan como dos puñales que la saludan con amor, aunque ella a eso le llama inocencia.

—Tu mirada es distinta —le digo antes de hacerle un gesto para que siga—, hoy se parece a la mirada de la abuela…

—Es cierto. Ella se cansó de advertírmelo… todo lo que acarrea una vida abocada a estas artes. —Se queda pensativa por unos segundos—. También me dijo que cualquier tema pendiente con los muertos se convierte en una pesadilla que se revive hasta el cansancio. ¿Seguimos?

—Estoy listo, mamá. Confío en ti.

—No sabes cuánto me halagas, hijo mío. —Sus ojos brillan, casi rebosan de luz.

Si bien no es una mujer religiosa a la vieja usanza, su fe en el trabajo la ha llevado a ignorar maldiciones y malos